



Anna Gavalda
Una vida mejor



Seix Barral



Seix Barral Biblioteca Formentor

Anna Gavalda

Una vida mejor

Traducción del francés por
Isabel González-Gallarza

Título original: *La Vie en mieux*

© le dilettante, 2014

© por la traducción, Isabel González-Gallarza, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: octubre de 2016

ISBN: 978-84-322-2962-6

Depósito legal: B. 16.277-2016

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: Cayfosa, S. L., Barcelona

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

PRIMER ACTO

1

Un café cerca del Arco de Triunfo. Me siento casi siempre en el mismo sitio: al fondo a la izquierda, detrás de la barra. No leo, no me muevo, no consulto el móvil, sólo espero a alguien.

Espero a alguien que no vendrá y, como me aburro, miro caer la noche sobre L'Escale de la place de l'Étoile.

Últimos compañeros de trabajo, últimas copas, últimos chistes malos, calma chicha durante cerca de una hora y París se despereza por fin: los taxis rondan, las chicas altas se dejan ver, el dueño baja las luces y los camareros rejuvenecen. Ponen una velita en cada mesa —una de mentira, tiembla pero no se derrite— y me acucian discretamente: tengo que seguir bebiendo o marcharme.

Sigo bebiendo.

Es la séptima vez, además de las dos primeras, que vengo a esta charca a saciar mi sed al anochecer. Lo puedo decir con precisión porque he conservado todos los tickets de caja. Al principio me imagino que por llevarme un recuerdo, por costumbre o por fetichismo, pero ¿y hoy?

Hoy reconozco que es para agarrarme a algo cuando meto la mano en el bolsillo del abrigo.

Si existen esos trozos de papel es la prueba de que... de que ¿qué, a ver?

De que nada.

De que la vida es cara cerca de la tumba del soldado desconocido.

2

La una de la madrugada. Otra vez nada. Me vuelvo a casa.

Vivo cerca del cementerio de Montmartre. Nunca había andado tanto en mi vida como ahora. Antes tenía una bici —llamada Jeannot—, pero la perdí el otro día. No sé cuándo exactamente. Después de una fiesta en casa de una gente a la que no conocía, por la estación de Saint-Lazare, creo.

Un chico me llevó a su casa. Mientras iba de su brazo estaba contenta, pero una vez en su cama ya no. La caja del gato, el estampado del edredón, el cartel de *El club de la lucha* encima de su cama de Ikea, yo... no era capaz.

Esa noche aguantaba el alcohol mejor de lo previsto.

Era la primera vez que me ocurría, escaquearme así y que se me pasara el pedo de repente; fue una señora de-

cepción. Con lo que me hubiera gustado. Sí, me hubiera encantado distraerme un poco. Eso me molaba. Y hay cosas peores que Brad Pitt y Edward Norton de sujetavelas. Pero, en fin, el cuerpo me traicionó.

¿Cómo era posible?

Mi cuerpo.

Con lo bien que se portaba siempre...

En ese momento me hubiera negado a reconocerlo, pero esta noche, después de tantos kilómetros de caminatas solitarias, y de este vacío, y esta nada, y esta carencia, y esta carencia de todo, en todas partes, a todas horas, me rindo: era él.

Era él, mi cuerpo, el parásito, y su labor de zapa se manifestaba por primera vez entre esas horribles sábanas.

A descubierto, decepcionada y arrinconada, rumiaba mi perplejidad cuando oí una voz pastosa que decía para tranquilizarme:

—Oye..., aun así te puedes quedar, ¿eh?...

Si hubiera tenido una escopeta a mano, le habría apuntado a la cabeza.

Por ese «aun así», por ese desprecio, por ese favor concedido *in extremis* a la imbécil que no se la había chupado.

Pum.

Temblaba. En las escaleras, en la calle y mientras buscaba la bici en todas las farolas. Temblaba de rabia. Nunca antes me había sentido de esa manera.

La boca me sabía a vómito y escupía para librarme del sabor.

Como soy incapaz de echar un lapo digno de ese nombre, lo que hacía era llenarme de babas la manga y mi bonito pañuelo, y así tenía que ser, porque ¿cómo explicar si no tanto odio?

Estaba viviendo lo que me merecía, y vivía... aun así.

3

Me llamo Mathilde Salmon. Tengo veinticuatro años. Oficialmente, todavía soy estudiante de Historia del Arte (mentira cochina), pero en la vida real trabajo para mi cuñado. El rico, el guapo, el guay. El que se toca las narices todo el santo día y nunca lleva corbata. Dirige una gran agencia de creación digital para proyectos de diseño, *branding* y desarrollo en internet (os lo traduzco: si tenéis mercancía y queréis venderla on-line, él os diseñará un bonito escaparate y todo el recorrido hasta los terminales, seguros, de pago), y me contrató, perdón, me corrompió, el año pasado.

Él necesitaba mercenarios, y yo, un poco de dinero extra; era la noche de mi cumpleaños, y nos pusimos de acuerdo con un brindis. Como contrato de trabajo los he visto peores.

Por ser estudiante tengo derecho a numerosos descuentos en el cine, en los museos, polideportivos y come-

dores universitarios, pero como paso la mayor parte del tiempo delante de una pantalla, me estoy embruteciendo y me gano demasiado bien la vida para volver a esos comedores, resulta que ya no los disfruto casi nada.

Trabajo en casa a mi ritmo y en negro, tengo mil nombres, mil direcciones electrónicas, mil seudónimos y otros tantos avatares, y estoy el día entero redactando comentarios inventados.

Imaginaos al revisor del metro de la Porte des Lilas, pues es exactamente lo mismo. Escribo tantos que podría cantarlos:

*J'fais des com', des p'tits com', encore des p'tits com',
Des com' d'seconde cla-a-ss-eu,
Des com' d'première cla-a-asse...*

Me dan listas con tropecientas páginas web, seguidas de la mención «poner verde» o «*praise only*» (en el mundo digital, cuando algo mola, siempre se dice en inglés), para hundir y redirigir a clientes potenciales, y luego ofrecerles, pero sólo después de que las hayan pasado canutas, mogollón de opiniones positivas en los foros de discusión y la mejor referenciación posible en Google.

Os pongo un ejemplo: la empresa Superyoyo.com fabrica y comercializa superyoyós, pero resulta que su página web es de lo más cutre, como de ello dan fe todos los comentarios desagradables escritos, publicados, droppeados, compartidos, bloqueados, vistos, tuiteados, pokeados, hashtaguados, requestados, boardados, dislikeados, deslo-

lizados o chateados aquí y allá por Micheline T. (menda), Jeannot41 (menda lerenda), Choubi_angel (yo misma), Helmutvonmunchen (Ich) o NYUbohemiangirls (me and myself). Entonces a los de Yoyoland les entra el agobio padre. Al final, el señor y la señora Yoyó, a los que se ha informado de las hazañas de mi cuñado mediante una estratagema tan retorcida como ingeniosa (pero demasiado larga como para explicarla aquí, aparte de que no tiene el más mínimo interés), se vienen abajo por completo y le suplican: necesitan a toda costa una página web nuevecita. ¡Sí, sí, sí! ¡Es cuestión de vida o muerte para la empresa! Entonces él, magnánimo, después de hacerse mucho de rogar, acepta ayudarlos y, tres semanas más tarde, oh, ¡milagro!, cuando tecleas «yo» o «yoy» en el buscador, te mandan directamente a Yoyoland (aún no lo hemos conseguido tecleando sólo «y», pero nos lo estamos currando a saco), y, oh, ¡milagro otra vez!, menda compra diez de cada para sus seis nietos; jubiloso, yo asegura que lo comentará en todos los foros de superyoyós del mundo; menda lerenda dice ¡¡¡es la caña!!!, Ich querrrrría inforrrrmación parrra ser distribuidorrr de yoyós, y me and myself está soooo excited *coz yoyos are sooooo french*.

Resumiendo, que a eso me dedico: redacto comentarios. Y mi cuñado, desde su lujoso caserón del distrito XVI de París, busca nuevas vías de diversificación para su negocio.

Es un falso chollo, ya lo sé. Más me valdría terminar (empezar) mi tesina de máster titulada «De la reina Gui-

lhermina de Holanda a Paul Jouanny: historia y diseño de las caravanas de acuarelistas y otras *roulottes* para pintores al aire libre» (toma ya, ¿verdad?) o ponerme a pensar seriamente en mi futuro y en mi jubilación, pero, ay de mí, he perdido la fe por el camino y ya sólo pienso en vivir al día y disfrutar del aire libre yo también.

Dado que es todo mentira... Dado que son todo comentarios falsos... Dado que los polos se están derritiendo, que por fin han indemnizado a los banqueros, que los agricultores se ahorcan en sus silos y que arrancan los bancos públicos para que no se puedan sentar los vagabundos... Francamente, ¿para qué molestarme en labrarme un porvenir en un mundo así, eh?

Para olvidarme de todo eso, entro en el juego de mi cuñado y de Larry Page: me paso el día mintiendo y la noche bailando.

Bueno..., lo de bailar era antes. Ahora pierdo el apetito y el tiempo a la luz de la luna mientras espero a un chico que ni siquiera sabe que lo espero.

Es que no hay por dónde cogerlo.

De verdad, hay que estar colgada, hay que ser pringada boba para haber llegado a esto.